En el principio

1

Por Danilo Montero

Luego de la creación, la Biblia continúa el relato con una imagen de comunión: Adán y Eva conversaban con Dios diariamente en el fresco de la tarde. La amistad con Dios transformó al jardín del Edén en un lugar celestial.

Dios hizo todas las cosas de acuerdo con su propósito. Sin accidentes ni improvisación, llevó a cabo su deseo de crear al ser humano con la capacidad de disfrutar de la creación y comunicarse con él. El apóstol Juan nos dice que Dios es amor y que creó al ser humano para manifestar ese amor.

Somos semejantes a Dios porque poseemos la capacidad de comunicación e intimidad. Podemos relacionarnos con él y entre nosotros, y esa es la mejor expresión de su naturaleza divina en nosotros. El Edén delata los deseos de conexión que el Creador tiene.

El Edén delata los deseos de conexión que el Creador tiene.

Para que esa conversación pudiera tener lugar, fuimos hechos con la capacidad de conocernos a nosotros mismos y de expresar nuestros pensamientos y sentimientos de manera clara y comprensible.

Dios nos otorgó sentidos para conectar el mundo exterior con nuestro ser interior; y por medio de ellos percibimos a los demás.

Nuestros sentidos también transportan lo intangible de nuestro corazón hacia el mundo exterior, para expresar nuestra interpretación del exterior y de nosotros mismos.

Nuestra forma de tocar, nuestros gestos, nuestras palabras y miradas hablan sobre las cosas del alma, mayores que los sentidos. Y de esa manera nos relacionamos.

Pero además, tenemos sentidos espirituales para hablar con Dios. El Señor sopló de «su» Espíritu en el hombre, y fue en ese momento que el hombre vino a ser una creación a semejanza de Dios. El semen espiritual de Dios nos otorgó su ADN espiritual; adquirimos así la capacidad de comprenderlo, escucharlo y amarlo.

En ese instante, el hombre despertó y comprendió que aquellos enormes ojos que lo observaban en silencio y con asombro eran los de su papá. Supo que le pertenecía, que era bienvenido, que era amado; y así el hombre aprendió a amar mirando la armonía perfecta reflejada en la mirada de Dios.

A su vez, Dios miró sus propios rasgos paternos en la forma en que la pareja del jardín hablaba y se conducía.

Una naturaleza espiritual y una moral en común. Un lenguaje en común. Un vínculo eterno.

Las conversaciones diarias se extendieron y el gusto resultó cada vez mayor, al comprobar el Señor que al abrir su corazón hacía crecer a la pareja en carácter y sabiduría.

¡Escuchar a Dios debió ser fascinante! Realizar preguntas al ingeniero y arquitecto universal debió resultar alucinante para Adán y su mujer, al punto de provocarles el deseo de ser exactamente como él.

Es un milagro poder conversar con Dios.
¡Qué maravilla comprender su lenguaje!
Pero mayor desafío es anhelar convertirnos en su reflejo.

Conocer a Dios, crecer en su conocimiento y darlo a conocer, es el sentido de la conversación y el objetivo de la vida.

La desconexión

Un elemento ajeno interrumpió el amoroso diálogo. La serpiente, llena de voluntad propia y soberbia solapada, les robó la mirada al hombre y a la mujer y, distraídos, se dejaron llevar por la ambición de ser como Dios, y lo intentaron por sí mismos y en sus fuerzas.

Es un milagro poder conversar con Dios. ¡Qué maravilla comprender su lenguaje! Pero mayor desafío es anhelar convertirnos en su reflejo.

La voz de Dios se apagó en el interior del hombre. Pudo más la voz del corazón desconfiado que cuestionaba los motivos divinos y prefería seguir por su cuenta.

Cuando la cita acostumbrada llegó al final de la tarde, Dios quedó solo en la mesa.

El hombre se escondió detrás de un arbusto y luego, detrás de una mentira.

El pecado introdujo en el hombre una sensación de incompetencia, temor y rechazo; lo llevó, por lo tanto, a una conversación quebrada con su Hacedor.

No existió más esa conexión. La naturaleza de Dios, que le había sido

implantada al hombre, ahora se corrompía. Su vida espiritual se apagó, el veneno de la serpiente surtió efecto; corría muerte en sus venas espirituales. Dios y el hombre estaban separados y aunque todavía quedaban rastros de lo divino en él, el hombre se convirtió en solo una sombra de lo que una vez había sido.

El soplo divino, que les impartió la capacidad de comunión con Dios, entonces se fue. En otras palabras, la vida del Espíritu dejó de morar dentro del hombre y, de esta manera, la comunicación resultó imposible. Como si se hablara en dos idiomas completamente diferentes y sin interpretación mutua. Dios, como siempre, hablaba verdad, el hombre mentira. Dios era motivado por compasión y justicia; el hombre, en cambio, movido por orgullo y auto justificación.

Conocemos la historia. La confrontación amorosa de Dios solamente consiguió respuestas evasivas. Dios siguió buscando y el hombre aprendió a esconderse.

¿Cómo se podía sostener una conversación significativa y profunda con quien no se tenía más afinidad, con quien se había perdido la cercanía e incluso la confidencialidad?

¿Cómo podía Dios develarle secretos a alguien que dudaba de su palabra? ¿Y cómo revelar sueños sagrados a aquel que dudaba de su bondad?

Un nuevo lenguaje, un nuevo lugar para hablar

La irrupción que hizo el enemigo en el jardín de ninguna manera tomó por sorpresa a Dios. Tampoco cambió sus planes.

Dios es un ser comunicativo y nunca deja de expresar lo que hay en su corazón.

Sin embargo, se debían restaurar las condiciones propicias para reanudar el diálogo con nosotros. Por eso, todo lo que Dios hizo, a partir de ese momento, funcionó como una figura, una especie de metáfora práctica o, como algunos lo llaman, un acto profético que anunciaría la solución definitiva y absoluta que él mismo propuso para acabar con la interferencia del pecado: la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo.

Las hojas de higuera que cubrían la desnudez y las pieles que compusieron el primer vestido del hombre y la mujer presuponían la muerte de un animal aquel día; y de manera profética anunciaron que el Hijo inocente de Dios moriría para cubrir nuestro pecado.

Una vez fuera del jardín, fueron los hijos de Adán y Eva los que nos introdujeron a un nuevo concepto: un punto de encuentro con Dios, un altar. Otra vez

se establecieron las bases para un nuevo diálogo con Dios, por medio de la consumación de un sacrificio en el que el hombre se ofrece a Dios en humildad y adoración. Por muchos años los altares serían una señal de humillación humana y de exaltación divina, propios de hombres piadosos que buscaron a Dios en ese lugar.

Una casa para conversar

Los oráculos de Dios le mostraron a Moisés los planos de una casa, semejante a la casa de Dios. La llamaron la tienda de reunión o el lugar de los encuentros con Dios.

Resulta curioso. Es como si Dios quisiera invitarnos a su verdadera casa y debiera ensayar con nosotros para que sepamos como comportarnos cuando lleguemos allí.

Si el Presidente o un alto funcionario o diplomático nos invitara a su casa, solamente la invitación debería ser un honor. Ser convidado es, de por sí, una muestra de favor. No obstante, el favor otorgado presupone una disposición de nuestra parte a someternos al protocolo que requiere la visita.

Si el Presidente o un alto funcionario o diplomático nos invitara a su casa, solamente la invitación debería ser un honor. Ser convidado es, de por sí, una muestra de favor. No obstante, el favor otorgado presupone una disposición de nuestra parte a someternos al protocolo que requiere la visita.

La santidad de Dios demanda respeto y nuestra condición humana requiere favor.

¿En qué punto se pueden encontrar esos dos aspectos? El tabernáculo fue para Israel ese punto común. Lo primero que atacó el pecado fue la imagen que teníamos de Dios, de modo que resultaba imperativo que el Señor ilustrara, mediante cosas físicas, aquellos principios que tenían que ver con su carácter, con nuestra condición pecaminosa y con la posibilidad de volver ambos a un lugar para relacionarnos. Eso es lo que buscó hacer Dios en su pueblo Israel por medio de la revelación de su pacto con ellos y el orden de culto que se inició en el desierto, y que sería desarrollado más adelante por David y Salomón con su templo.

Una vez restituido nuestro entendimiento acerca de la santidad de Dios y las consecuencias que tiene nuestro pecado, comprenderemos la necesidad de acercarnos a él por medio de un sacrificio provisto por él mismo. Entonces podremos gustar mas profundamente del gozo de una amistad restaurada.

El tabernáculo estaba en el medio del campamento de Israel. Tenía un muro de cortinas alrededor que lo delimitaba y que encerraban el patio exterior. Continuaba con una puerta, un altar confeccionado en metal de bronce y un lugar para lavarse. Luego una tienda de campaña, realizada con pieles de animales. Adentro había un recinto con un candelabro, una mesa para poner pan y un altar para el incienso.

Un velo o cortina separaban el recinto principal, donde había un artefacto, labrado en madera y cubierto de oro puro, llamado el arca del pacto. Luego hablaremos de eso.

Existen muchos detalles pero sigamos avanzando.

¿Por qué el tabernáculo estaba justo en el centro del campamento? Por que Dios quería que todos lo escucharan.

¡Dios sigue insistiendo en dialogar! Ese es el mensaje. El tabernáculo solo intenta ser una imagen que nos ilustra cómo puede desarrollarse esa comunicación, especialmente después del pecado.

Israel debía entender que para hablar con él, era necesario hacer un viaje desde sus tiendas hasta la tienda de Dios, y desde lo más público (los patios externos), hasta lo más íntimo (el Lugar Santísimo).

Para lograr escuchar a Dios era inevitable pasar por la puerta, detenerse y sacrificar una ofrenda que cubriera sus faltas, luego lavarse las manos y los pies para poder atender los asuntos del Altísimo, y finalmente entrar para ofrecerle incienso y pan fresco en una mesa iluminada por un candelabro.

El punto es que, antes de entrar para dialogar con él en ese lugar peculiar lleno de la luz de Dios, se debía enfrentar un obstáculo: el velo de separación.

El mensaje de toda esa casa era: «Quiero vivir entre ustedes, y para ello deben hacerlo en mis términos, con respeto y ofrendas en las manos, pero quiero que recuerden siempre que su pecado no podrá dejarlos acercarse más».

No hablamos de un Dios ingrato, que nos enseña un puñado de su gloria para luego levantarla muy alto y, una vez lejos de nuestro alcance, decirnos que no podemos tocarla.

Es un Padre de principios, cuya santidad y justicia fueron violentadas por nuestros pecados. Mientras su corazón de Padre nos pide acercarnos, su gloria demanda respeto y su misericordia le confía a Israel un mensaje para todos: «¡He provisto la manera de recuperar nuestra amistad!» El dialogo debe continuar.

El significado del tabernáculo hoy

2

Por Danilo Montero

El objetivo que buscamos a través de este libro es ayudar a considerar de que manera podemos desarrollar una vida de adoración más fuerte, y a la vez cómo podemos colaborar con nuestros jóvenes enseñándoles a entrar a la presencia santísima de Dios.

Precisamente el pueblo de Israel descubrió que el tabernáculo consistía en un encuentro con la presencia de Dios. Hebreos 8:2 (RV60) nos dice que hay un tabernáculo verdadero en el cielo, levantado por Dios mismo. Más adelante, el versículo cinco nos cuenta que aquella tienda de campaña en el desierto era la «figura y sombra de las cosas celestiales». Por eso creo verdaderamente, que vale la pena volver a esa tienda, recorrerla y reflexionar sobre su significado. Y detenernos allí para darnos cuenta de que todo lo que vemos representa verdades eternas, aspectos dinámicos de nuestra relación con Dios que debemos comprender para adorarle. El tabernáculo es una magnifica ilustración.

¿Qué verdades están allí escondidas esperando por ser descubiertas? Te invito a investigarlas.

EL TABERNACULO EN SI MISMO ES IMAGEN DE JESUS.

A continuación, una secuencia de ideas relacionadas:

Desde la antigüedad, Dios nos habló por medio de la creación y de nuestra conciencia. Luego, a través de Israel y los profetas, en las Escrituras.

Su mejor expresión, sin embargo, consistió en enviar a su Hijo, que es **la Palabra** misma de Dios, para reiniciar un diálogo con nosotros. Ver Juan 1:1-18. ¡A Dios le gusta dialogar con nosotros!

Dios puso su tabernáculo entre nosotros (Juan 1:14-18). Jesús es Dios hecho carne, Dios viviendo en una tienda de carne humana. El profeta lo llamó Emmanuel: Dios con nosotros.

Jesús es la mejor expresión del deseo del Padre de habitar entre nosotros.

Jesús es la mejor expresión del deseo del Padre de habitar entre nosotros.

Dios acampó entre nosotros, en la persona de su Hijo. Ahora busca vivir en cada uno de nosotros y utilizar nuestro corazón como habitación. Así lo indica la invitación que realiza Jesús en la carta a las iglesias del Nuevo Testamento:

«Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré y cenaré con él y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Dios ordenó a Moisés que montara una tienda en el desierto, y de la misma manera él decidió preparar un lugar donde vivir en la tierra, y es el corazón de sus hijos.

Tú y yo somos templos de su presencia, la casa de Dios.

«¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios» (1 Corintios 6: 19-20).

Los cristianos sabemos que al creer en Jesús, somos transformados en morada permanente de Dios, nuestro espíritu es revivido por el suyo y nuestro cuerpo le pertenece.

Dios no entra y sale de nosotros: él vino a quedarse. La presencia de Dios no viene de visita a la reunión de la iglesia. **¡vive en ella!**

En ocasiones sentiremos su presencia, otras veces no. Eso no cambia el hecho de que su presencia siempre está en nosotros.

«Porque nosotros somos templo del Dios viviente. Como él ha dicho: 'Viviré con ellos y caminaré entre ellos; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (2 Corintios 6:16).

LA PUERTA

La puerta es una imagen de aquel que nos iba a marcar un camino de regreso al Padre.

Jesús señala: «Yo soy la puerta». También Juan, el apóstol, lo menciona cuando Jesús dice: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay, voy pues a preparar lugar para vosotros…»

Una de las escenas del Evangelio que mejor ilustra a Jesús como puerta de acceso a Dios es la que acontece la mañana de resurrección. María Magdalena llora ante la tumba vacía cuando de pronto Jesús la llama estando detrás de ella. María descubre quién es y comienza a adorarle, y luego el Señor le da la noticia:

«Subo a mi Dios y vuestro Dios, a mi Padre y a vuestro Padre».

¿Quién podría realizar la semejante hazaña de conectar el cielo y la tierra, nuestro corazón y el de Dios, sobrepasando el abismo que causó nuestro pecado, y juntar ambos lados del universo? ¡Solamente Jesús!

Es importante que reconozcamos eso antes de empezar a adorar a Dios. Si dependemos de nuestros logros no podremos conectarnos. Debemos aprender a entrar a la oración por la puerta correcta, y es aplicando la fe a esa verdad.

Es necesario saber que somos bienvenidos a adorar cuando entramos por la puerta correcta.

Por eso, cuando adoramos, a solas o en grupo, es importante que tomemos un tiempo para recordar lo que Jesús es: Él es la puerta de bienvenida a casa.

EL ALTAR DEL SACRIFICIO

El altar es una figura del sacrificio de Jesús por nuestros pecados. Es la segunda estación del camino de los adoradores en el desierto y debe ser la nuestra también.

Él es la puerta de bienvenida a casa.

Se presentaban sacrificios diarios a Dios por los sacerdotes y también por el pueblo. Una vez al año, en el día de la expiación, se realizaba un sacrificio que cubría los pecados de toda la población.

Jesús es el sacrificio único y perfecto, consumado una sola vez, ya que su sangre, la ofrenda, fue aceptada por Dios Padre como pago suficiente por nuestra rebelión (Hebreos 9:11-12).

La próxima vez que nos dispongamos a adorar, pensemos en lo siguiente: mis pecados ya fueron limpiados, no necesito otro sacrificio, puedo descansar en esa verdad.

Si en el pasado Dios pasaba por alto los pecados del pueblo al ver la sangre de los animales sobre el altar, ¡cuanto más ahora que es la sangre de su Hijo la que nos compró!

«Si esto es así, ¡cuanto más la sangre de Cristo, quién por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente!» (Hebreos 9:14).

El altar en nuestra vida

Los altares fueron, en el Antiguo Testamento, un punto de encuentro aceptable en términos religiosos. El hombre invocó a Dios en ellos y Dios miró con misericordia sus ofrendas y su vida.

En esencia, eran lugares en los que se presentaban ofrendas y, a la vez, se entregaba la vida. Allí se ofrecía la devoción del corazón a Dios, los afectos del alma se rendían y se recibía la ayuda necesaria.

En un altar Abel fue justificado, Abraham fue considerado amigo de Dios, Noé honró la fidelidad divina y Gedeón escuchó el llamado.

Jesús levantó un altar aceptable a favor de todos los hombres y se ofreció a sí mismo allí. Buscaba saldar la paga de muerte que nuestro pecado requería y, a la vez, glorificar a Dios por su santidad. Así como los altares se constituían de piedras, troncos y un sacrificio, Jesús subió al monte del Gólgota y sobre un madero se entregó como sacrificio acepto.

Al hacer eso, Jesús personificaba la entrega que Abraham hizo de Isaac en una montaña. Pero en este caso, no solo logró hacerse autor de fe y salvación; también nos convirtió, a los que creemos en él, en amigos de Dios, título de justificación que antes solo poseía Abraham.

¿Qué tiene que ver un altar con nuestra adoración? La adoración es un acto de rendición, entrega y abandono. Es decir, para que haya adoración debe existir un sacrificio. Dentro de la enseñanza del Antiguo Testamento no se concebía venir ante Dios con manos vacías.

La adoración es un acto de rendición, entrega y abandono. Es decir, para que haya adoración debe existir un sacrificio.

En ese sentido, gracias a Dios, la ofrenda que teníamos que traer ya fue presentada por Cristo mismo.

Sin embargo, la vida cristiana se considera como una entrega a la voluntad de Dios y en la medida en que nos entregamos, vivimos adorando a Dios.

Pablo nos insta a entregar nuestros cuerpos como sacrificio vivo (Romanos 12:1).

Colosenses 2:17 nos llama a hacer todo en una actitud de adoración.

El escritor de Hebreos sostiene que nuestra vida de adoración requiere un nivel de entrega mayor que el de los sacerdotes del tabernáculo.

«Nosotros tenemos un altar del cual no tienen derecho a comer los que ofician en el tabernáculo Porque el sumo sacerdote introduce la sangre de los animales en el Lugar Santísimo como sacrificio por el pecado, pero los cuerpos de esos animales se queman fuera del campamento. Por eso también Jesús, para

santificar al pueblo mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad. Por lo tanto, salgamos a su encuentro fuera del campamento, llevando la deshonra que él llevó» (Hebreos 13:10-13).

En pocas palabras, adorar requiere identificarse con el sacrificio de Cristo y su renuncia. Ya no nos pertenecemos, debemos presentarnos en el altar como un sacrificio vivo. Nuestros cuerpos son suyos para su gloria.

¡Imaginemos el impacto que produce recordar todo eso cuando nos disponemos a adorar a Dios! Sin dudas un impacto en nuestra propia actitud, pero también un impacto para los que nos observan.

Adorar no es cantar. Es entregar; y eso a veces requiere de un simultáneo acto de gozo y dolor por renunciar a nosotros mismos.

Los evangelios nos cuentan que luego del nacimiento de Jesús, los sabios de Oriente llegaron a su casa para adorarlo. El viaje incluyó una logística muy costosa, que los llevó por tierras peligrosas, quizás durante meses enteros.

Para adorar a Dios hay que renunciar a ese egoísmo que solo busca pedir para sí.

Pagaron un precio para llegar a Jesús. Pero cuando lo lograron, en vez de pedirle, le **ofrecieron** lo mejor que tenían: oro, incienso y mirra.

Para adorar a Dios hay que renunciar a ese egoísmo que solo busca pedir para sí.

Cuando nos presentemos ante Dios, llevémosle algo.

«Así que ofrezcamos continuamente a Dios, por medio de Jesucristo, un sacrificio de alabanza, es decir el fruto de los labios que confiesan su nombre» (Hebreos 13:15).

En nuestra adoración, detengámonos en el altar del sacrificio, miremos la cruz y demos gracias al que ocupó ese altar con su vida.

Luego, pidamos a Dios que nos ayude a dejar a un lado nuestras demandas y deseos egoístas. Hagámosle la invitación de enseñarnos a caminar en el arte de agradar a Dios y pensar en él primero.

Muchas veces nos acercamos a cantar mientras pensamos: ¿Qué vamos a sacar de esto? Yo mismo juzgué como bueno algún servicio por la bendición

que recibí. Si es ese nuestro motivo, quizás logremos un buen rato de cantos, pero no una experiencia de adoración genuina.

Recordemos que para adorar se requiere un altar. Y un altar requiere de un sacrificio.

Si al adorar sentimos que no tenemos nada para ofrecer, recordemos las palabras de Abraham a su hijo, cuando subía a la montaña y cuestionaba a su padre diciendo: «Aquí tenemos el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?».

Abraham contestó: «El cordero, hijo mío, lo proveerá Dios».

Ninguno de nosotros es capaz de adorar a Dios del modo que él merece, pero cuando miramos hacia el altar de la cruz, Jesús nos puede dar la gracia para hacerlo.

Cuando nos dispongamos a adorar, ofrezcamos lo mejor que tenemos: un ser amado, un logro personal, el agradecimiento por un milagro. Presentemos lo peor que tenemos también: nuestras luchas, nuestra debilidad, nuestro pecado y nuestra espera, porque siempre vendrá la provisión de Dios para levantarnos y enseñarnos a amar de corazón.

EL LAVACRO.

La tercera parada en el tabernáculo es el lavacro. Los sacerdotes que debían entrar a cumplir su turno, debían lavar sus manos y sus pies antes de entrar en el Lugar Santo. Ese requisito (al igual que otros como la vestimenta sagrada, la unción de consagración, y otros) apunta a la separación que se demanda a los que sirven y adoran a Dios. Pero igualmente puede suponer la necesidad que tenemos los creyentes de ser limpiados de las cosas que estorban nuestro servicio a Dios; por ejemplo la culpa.

Jesús es el agua que limpia nuestras culpas y que nos imparte vida.
«¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:37).

¡Qué declaración tajante de la capacidad que posee Jesús de impartir su vida a los hombres!

La relación que Jesús tiene con la figura del agua va más allá; apunta al acto mismo en el que Dios nos separó para él, al lavar nuestros pecados con la sangre y la Palabra transmitida por Jesús. Eso significa que su sangre nos compra

y nos perdona; y su Palabra nos da la libertad de conciencia para adorarle.

Pablo se refiere a este ministerio santificador cuando dice que Jesús ejerce una obra purificadora en su pueblo a través de la Palabra:

«Para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la Palabra». Efesios 5:26 (Reina Valera 1909).

EL AGUA Y NOSOTROS.

Hace algunos años, se me acerco una señora al final de un tiempo de alabanza. Su deseo era agradecerme por la forma en que la ministración la ayudaba cada domingo.

Lo que me resultó interesante fue que, según sus palabras, no era tan edificada por la música, ni por las canciones, ni por mi voz. Me dijo:

«Cada vez que vengo, noto que hay versículos que usted menciona, a veces entre los cantos o incluso en algunas ocasiones usted comienza a cantar la Biblia. Y sin excepción, las Escrituras cobran vida y recibo la dirección que busco de parte de Dios».

De este modo, me percaté de que la adoración congregacional es relevante debido a que, en medio de ella, Jesús toma la Palabra y embellece a su pueblo con su verdad. Cuando recordamos las promesas a sus hijos, la fe se levanta, el ánimo regresa y las personas se liberan de dudas y temores. Es Jesús el que ministra su Palabra en medio de la adoración y, como agua, limpia a su Iglesia.

La adoración congregacional es relevante debido a que, en medio de ella, Jesús toma la Palabra y embellece a su pueblo con su verdad.

¡Busquemos el agua de vida que corre en medio de la adoración! No nos resignemos simplemente a cantar; descubramos mas bien el mensaje detrás de las letras y enfoquemos el corazón para escuchar a Dios por medio de la prédica, los cantos e incluso el silencio. Muchas veces el mensaje más poderoso viene al oído del corazón a través de la dulce voz del Espíritu Santo en medio de la quietud. Lucas volverá a este punto más adelante en el libro.

Recuerdo cuando a los veinte años fui visitado por la presencia de Dios. Volví a descubrir el poder transformador de las Escrituras al leerlas en mis tiempos solitarios de adoración. Las promesas cobraban vida, la Palabra confrontaba mi corazón y lo llevaba a un lugar de arrepentimiento.

Es de suma importancia que la palabra de Dios sea parte integral de nuestra experiencia de adoración. Debemos leerla, meditar en ella e incluso cantarla. Según Romanos 12:2, ella tiene el poder de cambiar el pensamiento del hombre.

Reflexionar sobre la Palabra nos ayuda a retener las verdades relacionadas con nuestra nueva identidad en Cristo. Eso es importante, si consideramos que la conciencia manchada por el pecado, o el recuerdo del pasado, es la mayor lucha que enfrentamos al adorar.

«Y nunca más me acordaré de sus pecados y maldades» (Hebreos 10:17). Esa promesa es parte del pacto que Dios hizo con nosotros en Cristo y debe ser parte vital de nuestra experiencia de adoración.

Cerramos la puerta a la culpa al llenarnos de la Palabra de Dios. Ahora nos encontraremos ante el trono de la gracia.

En camino a su presencia

3

Por Danilo Montero

Al viajar por el mundo descubro mucha gente que puede disfrutar del acceso al Lugar Santísimo pero que no lo hace. Hay aun líderes cristianos que hablan de la adoración, pero su estilo de vida y lo que comunican con sus actitudes demuestra que no han pasado mucho tiempo de genuina adoración ante el trono de la gracia.

Por eso es indispensable seguir nuestro recorrido por el tabernáculo. En el camino hacia el Lugar Santo seguimos encontrando elementos que nos hablan a gritos de verdades celestiales, con repercusiones prácticas para nuestra vida terrenal.

El pan, la mesa y el candelabro

Estos elementos nos hablan de nuestro servicio y ministerio a Dios. En esencia, el Lugar Santo es donde los sacerdotes desarrollaban su culto a Dios.

Es un lugar que habla de camaradería y también, claro, de adoración.

Creo que en las últimas décadas se ha hablado sobre el «ministerio» o la «ministración» de un modo ambiguo. Por eso es bueno reflexionar acerca del significado original de esas palabras y lo que simbolizaba en el contexto del pueblo de Dios.

Debemos entender que solo la gente que tiene un corazón hospitalario hacia su presencia puede aprender a adorarlo.

«En cambio, se acercarán para servirme los sacerdotes levitas descendientes de Sadoc, [...] Solo ellos entrarán en mi santuario y podrán acercarse a mi mesa para servirme y encargarse de mi servicio» (Ezequiel 44:15-16).

¿Alguna vez imaginaste servirle la mesa a Dios? ¿Sabías que ese es el primer ministerio que tiene todo ser humano?

Viene a mi mente cuando Abraham vio al Señor pasar frente a su tienda en el desierto, sin saber que se dirigía a juzgar a Sodoma y Gomorra. El patriarca lo detuvo y prácticamente lo obligó a pasar adentro para quedarse un rato con él.

La hospitalidad de Abraham lo llevó a ofrecerle agua fresca para beber, carne para comer, pan recién horneado, queso fresco, un lugar especial debajo de un árbol e incluso lo movió a lavar los pies de Dios.

¿Atender a Dios? ¿A quién se le ocurre?

Debemos entender que solo la gente que tiene un corazón hospitalario hacia su presencia puede aprender a adorarlo.

Nuestro tiempo de adoración personal y la reunión con nuestros amigos en el grupo de jóvenes debe convertirse en un tiempo para aprender a ser anfitriones de Dios.

Sobra decir que muchas veces acudimos a la reunión con la actitud de un cliente que llega exigiendo el menú en un restaurante. O como la persona que pasa por la estación de gasolina y lo único que dice es: **¡Lleno, por favor!**

Hace años, mi cuñado y yo fuimos a Chile a servir en una iglesia local durante diez días. Al final de nuestra estadía, el portero del edificio y su esposa nos invitaron a tomar algo en su casa que se encontraba allí al lado. Cuando llegamos, tuvimos que esperar un rato mientras ellos preparaban todo. Al abrirse las puertas del comedor, casi nos levantamos en el aire atraídos por la visión tremenda de una mesa llena de todo tipo de bocadillos.

Durante las próximas dos horas, conversamos, reímos y comimos. La mesa rebosaba de aperitivos que al ser degustados, abrían espacio a otra serie de platos. Algo para nunca olvidar.

Pero noté que la esposa del anfitrión era quien preparaba todo y, apostada junto a la puerta de la cocina, observaba cuando faltaba algo y de inmediato lo sustituía, trayendo más café, chocolate o bocadillos.

Hice la observación a nuestro amigo para que invitara a su esposa a unirse al grupo. Él me respondió:

«Hermano, por favor, dejemos que lo haga. Su felicidad es atenderlos a ustedes y asegurarse de que todo esté bien. Una vez saciados, vendrá junto a nosotros. Ella no lo hace por obligación, es un placer que no podemos negarle».

Creo que Dios conmocionó mi corazón con la actitud de esa hermana. Eso es «ministrar» a alguien.

La adoración es algo más que cantar; es volver al diálogo inicial que Dios planeó desde el principio. Es conversar con él mientras le servimos las mejores delicias que podamos.

El arca del pacto

Por siglos se ha especulado con respecto al arca del pacto. Los pueblos antiguos, y aun los modernos, la han buscado como uno de los tesoros más preciados de la historia humana. El arca del pacto seguramente era tremenda. El arca del pacto simbolizaba el mismo trono de Dios. Observemos su descripción:

Dos figuras de querubines resguardaban el cofre, en postura de adoración. Apostados sobre la tapa, indicaban que ese era un regalo especial. En aquel receptáculo, todo cubierto de oro, se encontraban las tablas de la ley dadas a Moisés, como recordatorio del carácter santo de Dios con el cual gobierna el universo. Las tablas tenían el propósito de ayudar al pueblo a disfrutar de la voluntad de Dios y marcar el camino a una relación con él. El arca hablaba de la excelencia y gloria de Dios, y se sabía que poseía una luz que emanaba de la misma presencia de Dios. Allí, en medio de los querubines, las tablas volvían a recordar que Dios había tomado la iniciativa para reconectarse con su pueblo. (Números 7:89) ¡Un indicio más de que Dios sigue buscando dialogar con nosotros!

2 Samuel 6:6-9 nos recuerda que el arca debía ser tratada con respeto, y que por faltar en cuanto a eso, Uza pagó con su vida por su temeridad.

El trono de Dios, en donde su carácter santo se despliega y recibe honra, también es un lugar de misericordia.

No olvidemos que todo el santuario fue mostrado a Moisés en visiones, y le fue indicado como debía construir cada parte del tabernáculo, de acuerdo al modelo que está en el cielo, o sea, a semejanza de la casa de Dios (Hebreos 8:5).

Siendo así, entendemos por qué los profetas que vieron el trono de Dios, como Juan en el Nuevo Testamento, hablaron de querubines que rodeaban el trono y que declaraban constantemente su carácter diciendo: ¡Santo, santo, santo! (Apocalipsis 4:8,9).

Dicho de otra manera, el arca era un recordatorio físico para Israel de la presencia invisible de Dios en medio de ellos.

Más interesante aun es el nombre de la tapa del arca: propiciatorio. Según la Real Academia Española, quiere decir que tiene la virtud de hacer propicio.

Moisés tenía ordenes de que una vez al año, el sumo sacerdote debía entrar llevando sangre de un sacrificio y depositarla allí. Dios se declararía propicio hacia su pueblo, para que este se acercara. Con este acto adquiría otro nombre también: la silla de misericordia.

El trono de Dios, en donde su carácter santo se despliega y recibe honra, también es un lugar de misericordia. Por eso el mismo sitio es llamado arca del testimonio y lugar de encuentro.

En palabras del Nuevo Testamento, el arca sería el lugar de reconciliación.

Vemos a Dios ofreciendo un lugar y un lenguaje en común: milagro de milagros. En ese lugar convergen la santidad de Dios y los humanos reconciliados. El cielo y la tierra se encuentran por medio de la misericordia divina.

Este es el sitio de adoración ante el que dejamos nuestro servicio, nuestra tierra, nuestra vida y entramos en lo más íntimo de la casa de Dios.

¡Quién lo diría! Los seres humanos fuimos invitados a contemplar a Dios y a conversar con él.

No solo Moisés conversó «cara a cara» con Dios. David también nos dice: «Una sola cosa le pido al Señor, y es lo único que persigo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y recrearme en su templo» (Salmo 27:4).

La versión Reina Valera apunta a un detalle más: «Para inquirir en su templo».

Inquirir quiere decir examinar algo cuidadosamente, indagar, averiguar.

Lo decimos, pero hablando en serio: ¿Será posible que la adoración sea algo más que cantar? ¿Puede ser que haya algo tan sublime en ese recinto sagrado que provoque a un hombre llegar a desear solo eso?

¿No será nuestro desgano por adorar a Dios un síntoma de la trivialidad con que tratamos su presencia?

Dos cosas para hacer en la presencia de Dios

Se hace evidente que para el pastor que llegó a ser rey existían dos cosas por realizar en la presencia de Dios.

Primero, contemplar:

Hace años pude visitar Madrid por primera vez y pasar unas horas en el Museo del Prado. Allí encontré un tesoro incalculable de manifestaciones de arte que recorren prácticamente la historia misma del hombre. Muchos de los grandes maestros están allí, hablando todavía, a través de sus pinturas.

Soy un estudiante de historia del arte, entonces imaginarán la clase de experiencia que significó esto para mí.

En algunos momentos me detenía y por largo rato quedaba parado frente a uno de los óleos que hicieron historia. Mirando de lejos, mirando de cerca. Fascinado por el uso del color; impresionado por la técnica tan precisa que con

aceite, brocha y pigmento, lograba representar las cosas del mundo verdadero casi fotográficamente.

Eso es contemplar.

Contemplemos a Dios cuando adoramos. No nos apuremos a terminar de cantar para sentarnos. Tomémonos un tiempo para ser llevados por Dios, que anhela mostrar a los ojos de nuestro corazón los colores de su carácter y la composición de su justicia y verdad.

Los coloquios que producen cambios:

La segunda cosa que David hacía era inquirir. Los salmos están llenos de preguntas, quejas, gritos, llanto y risa. Son conversaciones profundas, sinceras, hasta francas, con Dios.

El salmo 91 mismo es un ejemplo de esa comunicación de doble vía en que la adoración se lleva a cabo. Mientras que todo el salmo es una exaltación que Moisés hace de Dios, los versículos 14 al 16 parecieran sugerir que Dios mismo interrumpe el canto para decir algo.

El Lugar Santísimo es el sitio en el que Dios manifiesta su gloria. En ese lugar, que hace temblar a los ángeles, nosotros somos invitados a dialogar. ¡Qué privilegio!

La adoración puede incluir un cántico a Dios, pero, más que nada, se resume en conversar con él. Cuando adoremos a Dios, esperemos escucharlo hablar. Preguntemos, traigamos dudas, derramemos nuestro lamento, expresemos nuestro enojo y pidamos su consejo.

De paso, es bueno recordar que cuando los hombres dialogan con Dios, cambian. Muy a menudo terminan haciendo cosas extraordinarias, a veces extrañas para los otros humanos. Pero siempre tienen como resultado develar el carácter de Dios.

Así Noé construyó un arca en tierra seca. Abraham dejó la ciudad más importante del momento para moverse al desierto, seducido por la promesa de un hijo, una tierra, un pueblo numeroso, pero más aun, la aventura de ser amigo de Dios. Moisés dejó palacios cargados de marfil, sirvientes y lino caro, por un par de sandalias, una vara de pastor y una esposa de familia nómada. Pedro dejó las redes que le daban el sustento diario para caminar con aquel que no tenía dónde recostar su cabeza. Y Pablo dejó su ciudadanía y su posición de respeto por una cárcel y un cepo... ¡pero no dejó de adorar solo a aquel que es digno, aun en las peores circunstancias!

En el caso de Moisés, el libertador de Israel, las conversaciones con Dios se iniciaron con el fuego de un arbusto en el desierto y se repitieron en los momentos y escenarios más diversos. Esos coloquios divinos le dieron valor para enfrentar al mismo Egipto, hicieron de él un líder bizarro ante el mar Rojo y los pueblos hostiles; y hasta lo llevaron a subir un monte que hervía con fuego santo, embelesado por la voz del Eterno.

El Lugar Santísimo es el sitio en el que Dios manifiesta su gloria. En ese lugar, que hace temblar a los ángeles, nosotros somos invitados a dialogar. ¡Qué privilegio!

Dios nos invita a mantener esas conversaciones que hicieron del Edén el cielo y anhela que cada generación no se pierda de disfrutar de esta invitación.

¿Qué hay de estilos, ondas y sonidos?

4

Por Emmanuel Espinosa